

AMÉRICA LATINA: EL OTRO MILAGRO

CUATRO PARADIGMAS

1 989 SERÁ RECORDADO como el *annus mirabilis*: la Revolución de Terciopelo en Praga, la caída del Muro de Berlín, el fin de la Guerra Fría, la liberación de la Europa Secuestrada. Merecería ser recordado también por un milagro menos ruidoso y dramático, pero igualmente esperanzador: en ese mismo año y en el otro extremo de Occidente, como fichas de dominó que de pronto se ponen de pie, la mayoría de los países de América Latina terminaban por elegir la democracia y la economía abierta. Igual que en el caso de Europa —a excepción de Rumania—, el tránsito se dio sin violencia: como un voto deliberado, responsable y consciente por la madurez.

Tradicionalmente, la vida latinoamericana se ha caracterizado por la persistencia de cuatro paradigmas históricos que en 1989 entraron en la fase final de una crisis confluyente: el militarismo, el marxismo revolucionario y universitario, el caudillismo populista y la economía cerrada. Hace apenas cuarenta años, la región parecía estacionada en el trasfondo tiránico del siglo XIX. Según las estimaciones tiranológicas de Daniel Cosío Villegas en 1950, de los veinte países que forman América Latina siete (Nicaragua, Venezuela, Brasil, Argentina, Perú, Colombia y la República Dominicana) "vivían bajo un régimen tiránico indudable"; nueve (El Salvador, Honduras, Costa Rica, Panamá, Paraguay, Bolivia, Chile, Ecuador y Haití) transitaban por una situación política a tal grado precaria que cualquier pequeño empujón podría precipitarlos a la tiranía. Sólo cuatro naciones (México, Guatemala, Cuba y Uruguay) vivían a flote pero no inmunes al más tradicional de los males políticos latinoamericanos. América Latina seguiría siendo, por antonomasia, la tierra de los dictadores. Una sucesión de "gorilas", apoyados en la mayoría de los casos por los Estados Unidos, confundían sus países con su patrimonio personal. El fenómeno siguió, sin solución de continuidad, hasta hace unos cuantos meses, cuando cerraron su ciclo dos de las tiranías más ominosas de la historia latinoamericana: la del General Stroessner —émulo del Doctor Francia— y la de Augusto Pinochet, émulo de los más represivos dictadores totalitarios.

En 1959, con la llegada de Fidel Castro al poder, cruzó por la región una intensa oleada de mesianismo revolucionario. En un principio derechas e izquierdas, liberales y conservadores vieron en Cuba una aurora de la vida latinoamericana, la promesa histórica de Bolívar y Martí, la profecía cumplida de Marx en el trópico. Aunque el prestigio de Castro se fue deshaciendo con el tiempo, en América Latina dos generaciones universitarias —la de los coetáneos de Castro y la de

sus hijos intelectuales y políticos— quedarían marcadas por la experiencia y buscarían imitarla incesantemente. Muy pocos recordaban, o conocían siquiera, la verdad detrás del muro ideológico —más grueso que el de Berlín— que separaba a Occidente de los países socialistas: los millones de campesinos sacrificados durante la colectivización, los campos de concentración, el Estado policiaco, el fracaso económico. Era el sistema contrario al capitalista norteamericano y eso bastaba. Ni siquiera el ahogo de la Revolución Húngara y el de la Primavera de Praga alentaban dudas mayores. Cuando apareció en 1973, *El Archipiélago Gulag* se leyó apenas como un panfleto reaccionario. Desde Magallanes hasta el Río Bravo, en la década de los setenta muchos jóvenes admiradores del Ché, Trotsky y Mao se sumaron a la guerrilla urbana o rural. En algunos países (Argentina, Uruguay), este proceso de radicalización violenta despertó a los dictadores, que retomaron el poder, desplazando en ocasiones a gobiernos democráticos. Lo mismo ocurrió en Chile, el único caso en que la izquierda llegó al poder por la vía democrática. La generación radical fue sacrificada en el asesinato, la tortura o el exilio. Sólo triunfó en un país: Nicaragua. En sus ideas y actitudes básicas, los comandantes se veían a sí mismos como émulos de Fidel Castro. Su país sería el "Segundo territorio libre de América Latina".

Un tercer paradigma reaparecía, fortalecido, durante los años setenta: el populismo. Uno se frotaba los ojos incrédulos ante el espectáculo frenético de la vuelta de Perón a Buenos Aires, pero era cierto: el país vivía fijo en el mito del justicialismo. Y mientras en Venezuela Carlos Andrés Pérez ganaba campeonatos de retórica tercermundista, en México el presidente Luis Echeverría recorría el país repartiendo cheques con cargo a las generaciones futuras. Su sucesor, José López Portillo, dilapidó la inmensa riqueza petrolera en edificios faraónicos, proyectos y empleos improductivos, dejando al país en bancarrota. En sólo doce años México contrajo una deuda de cerca de 70 billones de dólares. Cada paso hacia el abismo fue tomado, desde luego, en nombre del pueblo y la justicia social. Para echar una cortina de humo sobre su fracaso, López Portillo culpó a los banqueros privados y "nacionalizó" (expropió) la banca. La ineficacia de la medida no sirvió para que su émulo peruano la evitara. En sólo cuatro años (1986 - 1990) Alan García hizo lo que a los mexicanos les llevó doce: destruir la economía de su país.

El cuarto paradigma clásico de América Latina fue la economía cerrada. Como los otros tres, tiene profundos antecedentes en el pasado, y en particular en los tres siglos de dominación española. El ascenso de las ideas keynesianas y del *Welfare State* conformaron toda una ideología económica

para la región, centrada en unos cuantos dogmas, como la sustitución de importaciones, el Estado interventor, gastador, empresario y regulador, una paridad sobrevaluada, entre otros. De acuerdo con este credo, no había que dejar las economías en la mano invisible de los mercados sino en la mano visible de los gobiernos.

NUEVAS TENDENCIAS

De manera cada vez más perceptible, en el transcurso de los ochenta los cuatro paradigmas se fueron deslavando. El militarismo se envió a sí mismo a un retiro casi voluntario. Unas veces por incompetencia o perplejidad frente a los problemas económicos y sociales de sus países, otras por obra de la presión democrática interna e internacional, los generales se volvieron anacrónicas piezas de museo. Ya son tema no de novelas dramáticas sino de farsas hollywoodenses. Salvo en el mundo shíita, la guerra santa o mesiánica ha pasado de moda. La mala noticia llegó a Nicaragua demasiado tarde. El comandante Daniel Ortega se dio cuenta de que el uniforme de campaña militar era contraproducente en una campaña electoral: provocaba miedo pero no votos. Quizá, por eso, en sus últimos días antes de la derrota, se le vio usando una camisa floreada.

La tensión mesiánica nacida de la Revolución Cubana se ha desvanecido por diversas causas. Tal vez la principal es el descrédito mundial de las revoluciones como palancas de justicia. La pacífica revolución de 1989 no glorificó a la revolución de 1789. Por el contrario: fue sensible, como nunca antes, a sus costos humanos, ocultos por siglos detrás del romanticismo social y el historicismo ideológico. La crítica tenía que afectar a esos remedos de la Revolución Rusa que ocurrieron en China o Cuba. Otro factor no menos importante fue el despertar de los países de Europa Central. Inmersa en su propia revolución, la generación latinoamericana del 68 había pasado por alto la invasión a Checoslovaquia, y diez años más tarde veía casi con indiferencia la guerra en Afganistán. Las cosas comenzaron a cambiar con la rebelión de Solidaridad en Polonia. Ahora eran los propios obreros —el sujeto mismo de la redención marxista— los que protestaban contra sus redentores. Al universo cerrado, idílico e ideal de la teoría histórica marxista, llegaron malas noticias de la realidad. La sombra de duda y descrédito alcanzó incluso a estas tierras de la eterna credulidad: el pueblo salvadoreño ignoró uno tras otro los llamados a la insurgencia general de los guerrilleros; el nicaraguense —cansado de la guerra, la escasez y los discursos— votó con y por el sentido común. En un notable momento de sinceridad, el patriarca del sandinismo —Tomás Borge— declaró hace unos días que quizá sus ideas sobre la realidad no coincidían con la realidad... y que quizá la realidad no se equivocaba: "pecamos de intolerancia y soberbia".

Junto con el retiro de los uniformes y el empolvamiento de las doctrinas de redentorismo marxista, el populismo ha caído también en un cierto descrédito. Lula perdió las elecciones en Brasil. Saúl Menem llegó al poder en Argentina por la doble vía de un proceso democrático y un programa populista. Ya en la Casa Rosada desechó la faceta económica del populismo y se quedó con los gestos: juega fútbol, corre coches deportivos, habla bonito. Lo mismo ocurre, en tono menor, con el nuevo Carlos Andrés Pérez, en el que apenas se reconoce al

demagogo de los años setenta. El populista mayor de los ochenta fue, sin duda, Alan García, cuyo caso es revelador de la velocidad con la que —en el contexto mundial de hoy— el populismo topa con límites económicos reales. En Perú su partido, el APRA, obtuvo apenas un 16% de los votos.

El paradigma de la economía cerrada por la mano visible del Estado sufre también un descrédito cuyo origen principal es, desde luego, su propio fracaso. No se puede ignorar, por otra parte, el éxito que, en comparación, ha tenido el modelo económico inverso: el desarrollo "hacia afuera" de los "dragones" del Este asiático que comenzaron su ciclo de desarrollo mucho después de América Latina, hace apenas tres décadas. Pero no es preciso ir tan lejos. Los buenos resultados de la terapia abierta en Bolivia o Chile son una lección palmaria. No es casual que casi toda la región esté optando, con diversas variantes, por poner sus economías en la mano invisible del mercado.

El fracaso o agotamiento de los cuatro paradigmas es el resorte principal, reactivo, del cambio latinoamericano, pero no el único: está también el prestigio positivo de la democracia y la libertad económica. La transición democrática española y la adopción de un programa económico abierto por parte de su gobierno socialista tuvieron, sin duda, un efecto ejemplar desde finales de los setenta. Pero más allá de las influencias y las teorías, son elocuentes las fotos de los votantes en Chile y Nicaragua, en Argentina y El Salvador. Se trata de un voto continental por un acuerdo sobre cómo administrar en paz los desacuerdos, por un arreglo político que asegure la transición estable y legal del poder, por una economía normal de mercado en la que el Estado sea un promotor eficaz e imaginativo de justicia y bienestar, no un monstruo burocrático, frío e improductivo. Sólo Fidel Castro, en su isla, queda como emblema que sintetiza los cuatro paradigmas de atraso latinoamericano: uniforme verde olivo, fotos de Lenin y Marx, discursos interminables y economía estatizada. Fuera de ese vestigio del pasado, Latinoamérica tiende hacia el equilibrio, el realismo y la responsabilidad: hacia la madurez.

VÍAS DE CONSOLIDACIÓN

Cuatro paradigmas debilitados, desacreditados, pero no vencidos. Aunque algunos países serán más susceptibles a recaer que otros, cabe imaginar que si el arreglo de madurez persiste durante diez años, Latinoamérica entrará en el siglo XXI sin perder su originalidad cultural e histórica, con gobiernos más respetuosos de la libertad y la ley, y sociedades menos desiguales, más prósperas y alertas.

La primera condición para consolidar la madurez está en el respeto escrupuloso a las reglas de la vida democrática. Se habla mucho del éxito económico reciente de Chile bajo la dictadura de Pinochet. Hay quien sostiene incluso la tesis de que la libertad económica puede coexistir con la dictadura. La derrota plesbiscitaria de Pinochet y el ascenso del democristiano Alwin (no de Hernán Büchi, el ministro de las finanzas de Pinochet) muestra que los chilenos ven la libertad política como un fin en sí mismo. Algo muy similar ocurrió en la España franquista. Con el tiempo y una mejor perspectiva se verá que fue la centenaria madurez política de Chile la que soportó dos decenios de caos y dictadura y propició, en el fondo, el desarrollo económico.

El Estado debe ajustar su lugar histórico y su dimensión. El viejo arquetipo del Estado patrimonial de la Colonia —con sus rasgos de paternalismo, corrupción, burocratismo, centralización— seguirá ejerciendo una influencia profunda en la cultura política latinoamericana. Cambiar este cuadro de modo absoluto es imposible pero también innecesario. Con durísimas excepciones —como el Estado policíaco argentino, que llevó a cabo la "guerra sucia", y el primer decenio realmente opresivo de Pinochet—, el Estado latinoamericano no ha buscado proscibir a la sociedad civil. Tampoco al mercado. (El único Estado que ha proscrito a ambos ha sido el cubano.) Aun en sus variantes populistas, el Estado ha tenido en América Latina una vocación genuina, aunque por lo general ineficaz, de servicio social, eco de la filosofía neotomista del "bien común" que cimentó la teología política de estas sociedades. Un sentido cotidiano de la igualdad natural ha impedido que en estos países persistan —como en Europa— graves conflictos étnicos, raciales o nacionales que el Estado pudiera alimentar. Una idea no menos arraigada de libertad natural vuelve a veces caótica o anárquica la vida cívica, pero ha impedido la consolidación de estados policíacos. El Estado latinoamericano debería aprovechar estas condiciones que le confieren un margen de "legitimidad heredada" para encabezar un cambio institucional que empiece por el Estado mismo: limitando su papel, su tamaño y su orientación; facilitando, no obstruyendo, la energía de la sociedad civil. El siglo XIX separó la Iglesia del Estado. El siglo XX debe concluir con la separación del Estado y los negocios.

En este contexto, Cuba es un caso límite: la legitimidad interna de Fidel Castro no ha pasado por la prueba de las urnas, pero es un hecho que existe. El origen de esta legitimidad, por más extraño que parezca, proviene de la vieja cultura política colonial en la que los pueblos no delegan el poder: lo entregan a un caudillo que rousseaunianamente encarna la voluntad de la sociedad. Pero no se trata de una entrega incondicional: en casos de abuso flagrante del poder, algunos neotomistas como el Padre Mariana prescribían un remedio más drástico que la remoción o el referéndum: el tiranicidio. Las fuerzas de seguridad de Castro no necesitan leer a los clásicos del pensamiento español del siglo XVII para saberlo.

La consolidación de la nueva política económica (NEP) latinoamericana requiere lo que no tuvo su homóloga soviética de los años veinte: tiempo y perseverancia. Los experimentos de populismo financiero tuvieron largos decenios para probar su ineficacia. El nuevo tratamiento merece tiempo de maduración. Pero además del imprescindible orden macroeconómico (presupuestos equilibrados, paridades realistas, consolidación de la deuda, precios competitivos, etc.), Latinoamérica necesita una revolución microeconómica. Hasta ahora sólo dos profetas se han adelantado a su tiempo: el peruano Hernando de Soto y el mexicano Gabriel Zaid. Las originales ideas de De Soto sobre la economía informal son más conocidas que las del crítico mexicano que desde 1973, en varios libros y ensayos, ha propuesto un "cambio copemicano" para nuestros países: propiciar una oferta de bienes de producción barata y pertinente para los pobres. Según Zaid, nuestros bloques culturales de universitarios, ciudadanos, modernos nos impiden reconocer y respetar, en sus propios términos, la vida y la cultura campesina. Por eso no podemos ayudarla, por eso buscamos una imposible —demagógica— igualdad por vía del empleo y desde arriba, en vez de intentar la vía inversa:

desde abajo y por el autoempleo. De Soto y Zaid creen que la salida para sus países —y, por extensión, para toda Latinoamérica— está en la proliferación de pequeños propietarios independientes. Si el Estado latinoamericano moderno está en busca de vinos nuevos con que llenar sus viejos odres de vocación social, las detalladas ideas de estos dos teóricos están a la mano: se necesitan ingenieros, empresarios y economistas con imaginación microeconómica —no gerentes públicos, por favor— para echarlas a andar.

Latinoamérica ha ganado todos los concursos históricos en la elaboración de sus constituciones. Entre más caótico es un país, mayor su gusto por las cartas magnas. (Haití se ha dado a sí mismo más de cien). Como es obvio, esta fiebre legislativa no es sino indicio del desamparo del ciudadano frente a la autoridad. Hemos llegado antes a la cultura democrática que a la republicana. Entre el Estado y el ciudadano no hay, por lo general, cuerpos jurídicos suficientemente sólidos, respetados e independientes. Una de las vías de consolidación más urgentes para la región está en la modificación de los sistemas legales hacia modelos francamente sajones de procuración de justicia. Así como la tradición colonial desdeñaba los procesos electorales y los votos, impartía también una justicia demasiado asida a los códigos, demasiado propensa a la burocratización y el cohecho, poco anclada en la responsabilidad individual y comunitaria. ¿No sería oportuno, por ejemplo, introducir selectivamente, en niveles regionales o locales, los jurados populares?

Estos y otros cambios serían más factibles de lo que son si en estos países existieran voces de disidencia intelectual opuestas al *estatismo* (doctrina partidaria del Estado y de lo estático), contrapartes de los Havel, Sajarov, Michnik, Konrad. Pero un fenómeno crucial es que en estos países la *intelligentsia* es antiliberal y continúa siendo partidaria de al menos tres de los cuatro paradigmas de estancamiento. Son enemigos decididos de los gorilas de derecha pero no han visto mal a ciertos generales "de izquierda" (Velasco Alvarado), no se diga a Castro o los sandinistas. Su propensión a la ideología los vuelve impermeables a la comprobación empírica y la argumentación científica. Después de 1989, no se sienten demasiado obligados a poner en entredicho creencias fundamentales como el rechazo a la propiedad privada —salvo la de ellos— o la fe en el Estado, que por lo general los subsidia. Para ellos el fracaso del "socialismo real" marca el triunfo del "socialismo ideal". Su antinorteamericanismo adopta, por momentos, tonos y expresiones "huseinianas". No practican la guerrilla urbana pero sí la guerrilla verbal en cátedras universitarias, páginas periodísticas, conferencias o charlas de café. En algunos países su presencia en el aparato cultural (libros, revistas, periódicos, radio, universidades) es predominante. Muy pocos, entre ellos, abogarían por la instauración de un régimen comunista, pero el populismo político y económico —la implantación de los dos últimos paradigmas— es su objetivo claro. Gabriel Zaid, que le ha dedicado varios estudios, ve en este grupo nada menos que un estamento burocrático característico de la vida académica latinoamericana, la heredera directa de la Contrarreforma en nuestros días. Quien los ha visto de cerca, ha leído sus sermones o escuchado sus homilías, no puede dejar de pensar que el último stalinista del planeta no morirá en la URSS sino en una Universidad de América Latina.

Frente a esta formación burocrática - religiosa - social se necesita nada menos que una *Reforma de la Inteligencia*.

Mientras esperamos la aparición providencial de un Lutero que rompa desde dentro con los guardianes de la ortodoxia, o de un Erasmo que introduzca humor, humanismo y tolerancia en las densas atmósferas de la neoescolástica latinoamericana, los gobiernos y las sociedades civiles harían bien en propiciar la mayor apertura hacia Occidente en la producción y circulación de ideas. Las librerías de América Latina son un desastre. Grandes tradiciones intelectuales y grandes industrias editoriales, como la argentina, se han perdido en décadas de simplificación ideológica y populismo.

La Iglesia, que ha jugado un papel objetivamente liberador tanto en Chile como en Nicaragua, podría aprovechar también el prestigio casi intocado —como de santuario o reserva del catolicismo— de que goza en América Latina. Es urgente, pero no sencillo, que recobre ciertas raíces liberales y erasmistas anteriores al Concilio de Trento, doctrinas que, por cierto, fundaron a las sociedades del Nuevo Mundo. Y no lo es, no porque falten católicos demócratas sino católicos intelectuales. Hace muchos años que la cultura católica en Latinoamérica adolece de falta de creatividad: la mimesis del marxismo con la teología de la liberación es una prueba.

EL CUADRO ACTUAL

A partir de una ponderación impresionista sobre el papel que en cada país juegan los viejos paradigmas y las nuevas tendencias, cabe arriesgar una conjetura profética. Los países con mayor posibilidad de consolidación serían aquellos que combinasen una antigua tradición democrática —ahora continuada o retomada— con una política económica abierta y sensata. Chile, Uruguay, Costa Rica y Venezuela estarían en este caso. Bolivia, con su exitoso plan de estabilización y su Acuerdo Nacional Democrático calificaría también, aunque en otro nivel, lo mismo que Colombia, si no fuese porque a ésta la desvela una pesadilla más grave que los cuatro paradigmas: la droga y su secuela de violencia.

En una zona política gris están cinco países cuyo problema es la gravitación reciente de la mano dura: Honduras, Ecuador, Paraguay, República Dominicana y Panamá. En este último, el haber apoyado la invasión norteamericana minará a todo lo largo al régimen de Endara. La recaída de cualquiera de estos países en los viejos usos, difícilmente tendría consecuencias regionales o continentales. Algo muy distinto ocurriría si la reversión ocurriera en Argentina, Brasil, México y Nicaragua. Los cuatro tienen un denominador común: una fuerte presencia populista. El populismo formal de Menem puede ser rebasado por el populismo real de sus antiguos "descamisados". Lula sigue presentando una oposición visible al gobierno de Collor de Melo, que sin embargo goza de una doble bendición: popularidad y legitimidad. En México, Cuauhtémoc Cárdenas —el hijo del Presidente populista más popular del siglo xx— ejerce una oposición tenaz al régimen de Carlos Salinas de Gortari, que si bien ha alcanzado, en lo personal, respeto y credibilidad, no ha podido transmitir legitimidad —siempre la palabra clave— al viejo y dinosaurio PRI. El gobierno mexicano y sus instituciones son fuertes, la nueva política económica se ha instrumentado con valor y claridad, pero hay en el país una incertidumbre vaga, que muchos sienten pero de la que pocos hablan, sobre el horizonte histórico. *México, ésa es la verdad, no ha resuelto su transición a la democracia.* Por si algo faltara, en México, como en

ningún otro país de Latinoamérica, es sólida la alianza del liderazgo populista con la ortodoxia universitaria antiliberal. Por todo esto, el cardenismo puede deparar sorpresas mayores en los comicios legislativos, locales y estatales de 1991 a 1993 y los presidenciales de 1994. Con Nicaragua, en fin, el riesgo no es ya la implantación de un régimen similar al cubano. El problema último, ahí también, es el populismo, que seguiría retrasando la recuperación de un país que ha sufrido décadas de postración y miseria. Por lo demás, si los sandinistas volvieran al poder ejercerían seguramente un gobierno más sabio y abierto: la ficción de representar a *todo* el pueblo nicaragüense se acabó el día en que perdieron las elecciones.

Perú y El Salvador viven un Estado de interminable guerra interna que podría desintegrarlos como a Líbano. El primero, por fortuna, ha corregido el rumbo económico y sigue siendo una democracia. Haití vive en la jungla de los gorilas. En Guatemala, frágil siempre, podría escalar la guerrilla o ascender un nuevo caudillo populista: el general —vuelto a nacer de civil— Efraín Ríos Montt. Cuba, como siempre, es un caso aparte. No falta quien quiera la remoción, si es posible pacífica, de Castro, a quien algunos estudiantes llaman "Chochescu", pero quizá también una porción considerable de la población sigue considerando que vivir en la escasez crónica de pan y libertad es encarnar un destino glorioso: "Revolución o Muerte".

El cuadro, como se ve, dista mucho de ser desalentador. Por el contrario: es quizá la mayor y mejor combinación de madurez que ha alcanzado América Latina en este siglo. El fin de la Guerra Fría ha cancelado, con toda probabilidad, las perspectivas del paradigma socialista real tal como se ha dado en este planeta, no en el *Topos Uranos* de los buenos deseos. Esta circunstancia tiene ya un doble efecto benéfico sobre América Latina: los norteamericanos abandonarán su paranoia (*the reds are coming*) y los latinoamericanos su chantaje (*yes... the reds are coming*). Desmontado en principio el mecanismo de desconfianza mutua, Latinoamérica podría descubrir los "atractivos de ser atractivo" (A. Hirschman) y Estados Unidos responder a esa atracción con respeto político —que nunca han tenido— e inversiones —que han regateado.

Si los generales persisten en su sano retiro, sólo queda una sombra: la alianza de la "clerecía" intelectual latinoamericana con el liderazgo populista. De llegar al poder, estos hombres revertirían el proceso de madurez infligiendo diversos grados de deterioro que la población no identificaría necesariamente con ellos. El secreto del populismo es tan antiguo como la demagogia: diferir, desviar, confundir el juicio de la sociedad sobre el gobierno. La explotación sentimental de la ignorancia popular es la eterna salida fácil. Pero a estas alturas del siglo cerrar las economías de estos países y empobrecer su vida pública no es perder algunos años: es perder el futuro.

